

BLAU CEL



Imanol Martínez

IMANOL MARTÍNEZ

BLAU CEL



HERRING PUBLISHERS
MÉXICO

© Blau Cel, Imanol Martínez, 2016
© Herring Publishers, 2016

Diseño editorial:
Oliver Herring

Ilustración:
SON



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/>

Impreso en México

*Para Andrés, Miguel y Aleja;
los latinoamericanos tristes*

También para Felipe, Enrique y el resto



*Tant se val d'on venim
si del Sud o del Nord*

Cant del Barça

PRÓLOGO: *MI CALLE RIMBAUD*

Quince mil veces recorrió Enrique Vila-Matas el Passeig de Sant Joan, de Roselló a València. A ese camino lo llamó “mi calle Rimbaud”, su “cartografía del paraíso”, su mundo, su mapa del planeta. Esa calle que todos poseemos concentra todo nuestro mundo a la luz de cierta genialidad o estado de inconciencia que es la infancia. “El camino de la infancia –escribe EVM-, como el de casa al colegio, es breve e invernal, y pronto, muy pronto asoma la verdad, eso que llamamos realidad”.

A destiempo, en una infancia extemporánea, yo recorri esa misma calle, ampliándola y apropiándomela desde la Travessera de Gràcia hasta el Arc de Triomf. Muchas veces recorri en mi bicicleta o a pie ese mismo trayecto de camino a la biblioteca del Dipòsit de les Aigües, donde por las mañanas escribía una novela que no he terminado y, a ratos, textos dispersos que procedían de las erráticas anotaciones en mi *Moleskine* negra, un dietario de la distancia. Durante semanas dudé en escribir una novela sobre la gestión del duelo y la memoria, o un breve libro de ensayos en el que los textos, todos sobre cierto desarraigado, se presentaran como si de un muro con recortes se tratara. En el trayecto lo debatía mientras iba dejando atrás el London Supermercat en él que nos vendían cervezas a deshoras, el Nostrum de Sant Joan o el parque en que almorzábamos algunas veces.

Una tarde, en las mesas del fondo de un café de la Plaça de Molina, el enorme Marcos Ordóñez me contó sobre su próximo libro, el título me pareció tremendo. Ese pedacito de fruto que aconsejaban tomar para la memoria. Entonces pensé que, como las anotaciones, el libro lo iría escribiendo, sí o sí, paralelamente a lo que los días me fueran arrojando, antes de que no hubiera más que recuerdo. La novela, por otra parte, requeriría oficio y muchas horas de espina dorsal.

De vuelta a casa, escuchando a Future Islands, pensé que efectivamente -como dice su canción- las estaciones cambian y, mientras

todo se rompe, el verano espera pero el invierno ansía lo perdido, lo que ya no está.

El invierno o las palabras que se van perdiendo camino a casa por una calle que ya sólo existe en el recuerdo.

UNA CENA DE ROTOS

1.

Es entendible que un balón no termine rozando las redes. La suma de factores que contamos al acudir a un partido deviene, salvo casos excepcionales, en un resultado de una sola cifra. ¿Cuántas veces apaga uno la televisión o sale del estadio sin haber festejado un solo gol? El fútbol es, a fin de cuentas, un juego que la mayoría de las veces no es medido por el número que se suma en el marcador; su dimensión se halla, pese a lo primitivo del juego, en otro lado: en el diseño, en los pases, en lo que muchas veces imaginamos más que de lo que vemos. Basta ver, por ejemplo, las ocasiones en que bajo el título de “tiros a puerta” van a parar los goles que no fueron, relegados a los números de la nada, para saber que el fútbol es un juego injusto. De igual modo, excepcionalmente, un partido puede terminar con un resultado abultado y aburrido. Existen, pues, muchas razones comprensibles para que un gol termine no siéndolo o, contrariamente, para que el resultado supere al juego y lo dimensione mal. Las hay muchas, pero difícilmente serán a causa de la tristeza de un defensa.

José “el Jamaicón” Villegas tenía los pies en el pasto de Wembley pero la mente en México. Y ese fue el motivo que le pasó factura al defensor mexicano, cuyo apodo ha servido para definir esa arrebatadora nostalgia que sienten de vez en cuando los mexicanos que están lejos de casa: El síndrome del Jamaicón. Un resultado de ocho a cero que se midió a partir de la tristeza de quien erró en no dejar la debilidad en el banquillo.

El fútbol sirve, entre otras cosas, para hacer de él una ventana a través de la cual nos explicamos el mundo. La tristeza del defensor mexicano es, en esa medida, el símbolo de aquel que no cumple con su trabajo por estar pensando en la comida, en los lugares y en las personas que dejó atrás; todas ellas formas de nostalgia. Que un

gol termine siéndolo por la impericia de un defensa, entonces, sirve como una metáfora de la tristeza, como el conjunto de símbolos de una enfermedad: la dimensión sintomática del mal mexicano como la incapacidad para competir fuera de casa.

Imagino que los entendidos encontrarán una sublimación de su existencia, de las minucias que constituyen su vida, en una exposición pictórica o a la salida de una gala de ópera. El resto nos conformamos con lo ordinario que se puede leer simbólicamente un partido de fútbol.

Para David Mamet, la obra perfecta sería como un buen partido en el que nuestro equipo iniciaría ganando para después verse igualado o superado en el marcador por el oponente, generando tensión y desarrollando posibles resultados; para que los últimos minutos del encuentro se extiendan, languidezcan, y nos hagan creer que lo improbable -como no ocurre en la vida y sólo en el terreno del arte-aparece, mejora y reivindica la triste realidad. Para quienes no tienen como referencia, pongamos que a Cavafis o a Pitol, sólo nos queda interpretar nuestra cotidianidad a través de figuras como la del triste defensor mexicano que salió una noche a deambular por un hotel pensando en cuánto extrañaba casa, o, quizás, si nos permitimos soñar, en el prodigo de un hombre que cuando no rompe récords marcando goles duerme. Durante noventa minutos nos permitimos tener, como diría Caparrós, nuestro momento de salvajería feliz.

Mi mundo se dimensiona a partir de un cuadro de cal de noventa por cuarenta y cinco.

2.

Vine a la Ciudad Condal porque me dijeron que acá vivía el mejor fútbol de la historia, un tal FC Barcelona. Antes que una ciudad, para mí Barcelona era un equipo: el de la más perfecta versión del fútbol. Su emplazamiento geográfico se llamaba Camp Nou y su lema “*més que un club*”. Al llegar, le comenté a un amigo, ajeno al fútbol como nadie, mientras cruzábamos la Gran Vía de las Cortes Catalanas, eso que escribió Casciari: “si me preguntaran en serio por qué sigo acá, en Barcelona, en estas épocas horribles y aburridas, es porque estoy a cuarenta minutos en tren del mejor fútbol de la historia”.

Habrá que pulir los lápices y la imaginación para escribir adjetivos que estén a su nivel, escribió Villoro sobre el Barça de Pep Guardiola. Como muchos, hallé en el fútbol diseñado por el de Santpedor no sólo la más bella forma del juego, sino que sin saberlo me dejé llevar embelesado por algo que cargaba con la maldición de ser irrepetible. Todo lo que dura se estropea, escribió Marías; nos satura, se vuelve contra nosotros, nos cansa. Y pronto tuve que aceptarlo: esa versión museística del juego acabó mucho antes de que mi avión aterrizarara.

El primer partido del Barça que vi en suelo catalán fue en un bar de Sitges en mitad de un festival de cine fantástico. Tiene sentido: el FC Barcelona siempre me ha parecido un equipo de ciencia ficción. Un par de semanas después acudí al Camp Nou, ahí lloré con esos arreglos a la pieza Zadok the Priest de Händel, el himno de la Champions. También vi perder al Barça en La Masía, un bar de la calle Elisabets. “Podremos decirle a nuestros hijos que vimos jugar a Messi” me dijo entusiasmado mi primo a la salida del estadio; aunque alegres, en el fondo los dos sabíamos que acudíamos a las postrimerías de una época, y que más pronto que tarde seríamos turistas fotografiando las ruinas de un imperio.

3.

En una gira previa al Campeonato Mundial de Suecia 58, durante una cena en Lisboa, el entrenador de la selección mexicana, Ignacio Trelles, se percató de que en la cena de gala no estaba “El Jamaicón” Villegas. Al salir lo encontró sentado junto a un árbol del hotel, meditabundo bajo el cielo portugués. José, qué haces aquí afuera, le dijo, ¿ya cenaste? A lo que el defensa del Rebaño Sagrado respondió: “Cómo voy a cenar si tienen preparada una cena de rotos. Yo lo que quiero son mis chalupas, unos buenos sopes y no esas porquerías que ni de México son.”

Para Sealtiel Alatriste, este fue el primer indicio del episodio que años mas tarde, como contara Carlos Calderón Cardoso en su *Anecdotario del fútbol mexicano*, le cobraría factura al jugador y lo

inscribiría en la lista de las glorias del deporte mexicano que se vieron impedidos de triunfar lejos de casa, como el torero Silverio Pérez o el boxeador Rodolfo Casanova.

4.

Antes de volver a la Ciudad Condal para entrenar al equipo filial -la antesala a esa promesa que empezó con un “apretaros el cinturón, que nos lo pasaremos muy bien”-, Guardiola se retiró del césped como jugador en el remoto desierto de Sonora portando la camiseta número ocho en Los Dorados. Atrás quedaba el cuatro blaugrana en Barcelona, a donde volvería para cambiar su jersey por un traje y corbatín hechos a medida.

El suyo había sido un caso infrecuente hasta que hace un tiempo otro referente culé fue a parar a suelo mexicano en los que seguramente serán sus últimos destellos. Ronaldo de Assis Moreira llegaba a jugar para el Querétaro FC, Ronaldinho sería un Gallo Blanco. Antes de mudarme a Barcelona fui con La Flaca y unos amigos al Estadio Corregidora para ver el primer partido del brasileño, quien se estrenó fallando un penal en la desangelada Copa MX.

Barcelona-México, México-Barcelona. Desde la ciudad condal vi, a través del ordenador, dos juegos que la selección mexicana disputó en los estados de Chiapas y Querétaro. El primero a las tres de la mañana, el segundo -el que se jugó en la ciudad donde nací- a las once de la noche. Apenas pude festejar los goles sin hacer demasiado ruido para no despertar a mis compañeros de piso. La nostalgia tiene extrañas formas, una de ellas es ver un estadio y sentirte cerca de casa. Los expatriados vivimos con la angustia de contar en el reloj un mapa imaginario, como el de los aviones, en el que el tiempo transcurre lento, donde el pasado es futuro para los nuestros.

5.

El fracaso que trajo consigo la tristeza de Jamaicón se explica en la medida en que se reconoce la promesa que el jugador significaba para una Selección que había marcado un solo gol en todos los mundiales

disputados hasta entonces. La esperanza no estaba en cuántos goles se anotaran, sino en cuántos se detuvieran. Para ello el melancólico Villegas era el apropiado. Con su club, las Chivas del Guadalajara, había ganado ocho títulos de manera casi consecutiva. El antiguo bordador y cargador de telas era considerado el mejor extremo derecho del país; tan sólo unos meses antes detuvo a Francisco Dos Santos “Garrincha” en un partido en Ciudad Universitaria. Sin embargo, terminó siendo una promesa eclipsada por la melancolía. El héroe pensó en casa, y a causa de ello la batalla se perdió aun antes de comenzar.

En los comentarios de un artículo sobre el Jamaicón, la nieta del defensa mexicano arremete contra las mentiras que de su familiar se han escrito. El trasfondo de esas críticas es terrible: reprocha que a su abuelo le cuelguen fracasos a causa de la tristeza, alegando que se trató simplemente de un mal trabajo. Parece decir que en este país es preferible el fracaso que el reconocimiento de que de pronto uno no anda fino, que puede amanecer mal y ya está. En este país no hay lugar para los débiles.

6.

Un amigo en Barcelona tiene un proyecto ambicioso y revelador. Consiste en dibujar una línea del tiempo de la que se disparen flechas que simbolicen a las personas que a lo largo de la vida ha conocido. Sabe que durante los primeros diez años la mayoría de ellas se quedarán en sólo líneas que acaban pronto. Dice, por ejemplo, que no estaría viviendo ilegalmente en este país si no hubiera sido por venir a ver a su novia, que a ella no la hubiera conocido si no fuera porque una amiga belga le pidió un día, en México, que saliera a pasear con unas europeas recién llegadas al país, que a su amiga no la hubiera conocido si no fuera por su primo del que no supo nada hasta después de veinte años de nacidos. Y así y así.

Me lo contó el mismo día en que uno de nosotros confesó de pronto que no había estado bien, que se encontraba triste y que le pareció buena idea juntarnos y beber en la Barceloneta. Allí reunidos sobrepasamos de pronto la actitud de querer simpatizar con los recién

conocidos y de a poco dejamos salir eso que pensábamos: que hay días en que uno de pronto descubre que no anda bien, que extraña casa, que echa de menos un abrazo en una cama conocida o el guisado de mamá o la cantina en que uno bebe con sus amigos sintiéndose en el living de su casa. Descubrimos ahí, frente al mar, que no éramos más que un grupo de latinoamericanos tristes que reconocían que en su mapa reciente no había más líneas que aquellas que el otro dibujaba. Ese mismo fin de semana hablé con una norteamericana que me dijo que traduciendo le había costado trabajo distinguir entre “añoranza” y “nostalgia”, entre volver a lo que ya no existe y aquello que se extraña. Yo le dije que seguía teniendo envidia de su término: homesick. Intraducible.

Qué lejos estamos del sitio en que nacimos.

7.

De vez en cuando reproduzco el video de despedida de Guardiola como quien mira tímidamente la foto de la novia a la que dijo adiós al otro lado del mundo.

8.

El fútbol mexicano nunca ha sido bueno para el pase corto; refrendamos nuestra incapacidad con largos tiros que, buscando el contragolpe, suelen terminar siendo eso que los comentaristas deportivos han tenido a bien llamar “el pase a nadie”. La pelota termina en el área en que no hay medio que toque ni delantero que reciba, no hay ni siquiera defensa contrario que aproveche la ocasión; la pelota termina en el área muerta de un juego que debería ser diseñado a priori. Seríamos incapaces de adoptar el tiki-taka, no tenemos horizontalidad y nuestro pase largo, en vertical, es la forma en que miramos el futuro: tiramos sin saber a dónde.

Por el contrario, somos buenos para las fabulaciones cortas, sintetizamos con palabras lo que con los pies no podemos. Como aquel cuento brevíssimo de Luis Felipe Lomelí titulado El Emigrante:

“-¿Olvida usted algo?

-Ojalá.”

Las alegrías que nos da el fútbol son efímeras, y sin embargo durante noventa minutos confiamos en el oxímoron del instante eterno. Tenemos fe en un futuro nublado, y siempre pensamos que de haber sido de otro modo, la realidad nos bastaría. No era penal, nos lamentamos con una cerveza en la mano, no era penal.

9.

El arquero Piolín Mota salió a la cancha a calentar, previo a un partido de preparación para el Mundial de Chile 62, sabiendo cual sería su lugar cuando el entrenador Trelles se acercó para decirle que ese partido lo jugaría él y no la Tota Carvajal, como había sido hasta entonces. Angustiado por jugar contra la selección inglesa, el portero halló consuelo en Villegas. Descuida, le dijo el DT, tenemos al Jamaicón, por aquí no pasa nadie.

Y pasaron. Una, dos, muchas veces.

Al término del partido, un periodista entrevistó a Villegas, preguntándole por su mal rendimiento. Su respuesta, sin saberlo, habría de nombrar el mal de aquellos que van a tumbarse a un diván a kilómetros de casa. De manera descarnada, honesta, débil, El Jamaicón dijo que extrañaba las birras, la comida y, sobre todo, que vida no era vida si no estaba con los suyos.

EL DÍA QUE NO FUE

Esa mañana amanecimos en camas que no eran las nuestras. La crónica que debimos escribir sobre el 9-n se quedó en el tintero. La noche anterior agarramos una fiesta que devino en dormir en cualquier sofá dispuesto a cuidarnos. Por la mañana me desperté con una jaqueca que me previno de bajar en Plaça Catalunya y fui directo a casa. De cualquier modo no nos perdimos de nada. Ni marchas ni represiones ni nada no esperado. Por la tarde nos encontramos en el Blau -el bar que con el tiempo sería como nuestro living- y Miguel y yo sólo alcanzamos a comentar lo que reporteamos: filas de votación en escuelas adaptadas para una consulta que, en todo caso, fue simbólica. En Joanic fumamos un poco y volvimos al Blau para encontrarnos con la única persona que de entre nosotros verdaderamente escribió sobre la consulta. Los tres fuimos objeto de burlas sutiles que provenían de uno de los personajes de aquel sitio regentado por chinos: Frank, un camarógrafo de TV3. Ahí, en todo caso, tuvimos el arranque o final idóneo para una crónica que no escribimos: un niño que jugueteaba en el bar fue detenido por el camarógrafo quien interrumpió su charla sobre la Historia de España para atosigarlo de preguntas.

—¿Tú qué eres? —le inquirió sosteniéndolo del brazo.

El niño, impaciente por seguir jugando, respondió que español.

—¡No! ¡Eres catalán! —le reprimió Frank.

Un colombiano, una norteamericana y un mexicano escuchamos la respuesta y la anotamos en nuestras libretas. Al poco tiempo su madre llegó para decirle que a él no lo molestaran con eso, que sí, que había nacido en Catalunya, pero que era español.

A pesar de que yo compartía piso con una malagueña, una valenciana y un catalán, la mejor relación que establecí con gente del país fue con las personas que ahí nos encontrábamos bebiendo un martes o jueves o domingo. Los que gastaban su jubilación en cañas, los

trabajadores de la construcción, aquellos para los que su país es ya tan sólo una sombra. Ellos y nosotros, los latinoamericanos tristes.

Si acaso éramos diez, sólo tres votaron ese día para decidir el referéndum.

Días antes, en el bar cercano a la universidad, recibimos la realidad con un volante que nos entregaron donde se decía cómo votar por el “Sí” en la consulta sobre el futuro político de Catalunya. Venía traducido al español, aunque sólo cambiara la última palabra: Cataluña, con eñe. En la terraza del bar escuchamos de pronto el cacerolazo. Estábamos ateridos de frío. Un compañero venezolano dijo que había olvidado aquel ruido tan familiar que provenía de los balcones de Provença, que se sentía en casa. Apenas unas semanas atrás el Barça había jugado con el jersey de la temporada pasada: la senyera como atuendo de visitante. Su contrario, el Athletic de Bilbao, lo hizo con la propia: la ikurriña. La consulta no cambió nada ni de quienes regentan los bares en los que nos embrutecemos, ni de estos latinoamericanos expatriados ni de los que pasean un carrito lleno de libros usados. El volante lo pégue en mi pared, junto a las fotos de quien extraño. El atuendo, el reportaje, todo fue casi simbólico.

ANDAMIAJE DE LA MEMORIA

Yo todo lo voy diciendo para matar la muerte de Ella

Macedonio Fernández.

El deseo de abolir la muerte a través del amor constituye el núcleo central de la poética del Autor y es, en última instancia, la razón de su arquitectura imposible. Su obra es el trazo de una línea invisible detrás de la cual se expresa el consuelo de que la ficción, en contadas ocasiones, puede suplir y corregir a la vida. La invención desgarrada es su propio escenario.

El epígrafe que el Autor atribuía a Nietzsche, hallado en una libreta de su estancia bonaerense, sintetiza el modo hasta ahora aplazado de ordenar su obra: “Si no logro, como el alquimista, convertir todo este dolor en oro estoy perdido”.

La indagación en el margen de las posibilidades estuvo presente en su obra desde su primer exposición, *Skyline*, en la que proponía, en cuadros deudores del trabajo de Alexander Katz y en la suma de collages en que yuxtaponía el “mar de luces” del Valle de México con paisajes bucólicos de la región tarasca, una panorámica marcada por una vocación hasta entonces contemplativa. Su obra maduraría renunciando al universo intertextual que era, en todo caso, un telón de fondo de un dolor indescriptible hasta desentenderse del marco propio de su propio oficio. Sus planos y trazos deben entenderse, por tanto, como una consecuencia lógica de su obra plástica, denominada por algunos como la “fase preliminar” de una obra arriesgada pero iluminadora, y no como la imposibilidad material de representar un trabajo menor, ingenieril.

La del Autor es, sobre todo, una indagación sobre los alcances de la ficción. Su obra -reunida por única ocasión en esta exposición bajo el título de *Andamiaje de la memoria*- es, probablemente, la de mayor relevancia en lo que va de nuestro agónico nuevo siglo por ser la constatación de que la esperanza también puede ser motor de una poética sobre lo imposible.

La primera sala recoge los retratos que de Susana San Juan

hiciera durante el par de años en que vivieron en el barrio de San Telmo, durante su estancia en que trabajó en el diseño de nuevos centros urbanos en los limítrofes terrenos de Ezeiza bajo una firma holandesa. Los retratos de la serie *La Eterna* recuperan las diecisésis piezas que se conservaron luego del incendio provocado por el Autor en su departamento de la calle Defensa, tras la lamentable muerte de Susana. En ellos se puede observar el cuidadoso tratamiento que hizo en la representación de su mujer –deseando “atrapar esos ojos de gata y esa forma endemoniada de fumar”- detrás de lo que se halla una obsesión que explica a su modo su posterior desconsuelo. Trazo a trazo, cada uno de los retratos deja ver la antesala del monumental proyecto por hacer de ella una obra inacabable, concibiendo a su mujer como representación del *pentimento*, metáfora del funcionamiento conjunto de las capas del tiempo y de la historia. “Susana -dijo en alguna ocasión- es todas las mujeres”.

En la segunda parte de esta primera sala se encuentran los trabajos, sin firma, que el Autor encargó en el velorio de la Funeraria Ángeles de Coyoacán a 37 artistas –en su mayoría alumnos suyos– para que interpretaran la nota roja que recogía los sucesos ocurridos en la autopista mexiquense aquella madrugada del 27 de diciembre. Dispuestas de acuerdo a la curaduría original de Philip Larratt-Smith, la serie *Yonke* reproduce la exposición presentada originalmente en el Museo de Arte Moderno y, posteriormente, en la Galería Ettinger de Lastarria, donde el Autor se instaló durante varios años tras el accidente.

Pese a haber desmentido la versión que circulaba en ciertos círculos, según la cual el trabajo Napa era, en efecto, una obra del Autor y que por tanto significaba una antesala para su monumental proyecto posterior, hemos decidido incluir en esta exposición los planos de esa red imaginaria de unas vías del metro, cuyas intersecciones empalman los relingos (*terraines vagues*) de tres o más ciudades en las que vivió el Autor, haciendo así un trabajo urbanístico ficcional. Es entendible la atribución errónea dada la proximidad discursiva que comparte con su obra. Aunque se desconozca la autoría de esta obra se ha incluido siguiendo la tesis que el propio Autor sostuviera en su conocido ensayo

Los originales serán destruidos (Herring Publishers, 2017):

“El proceso de desaparición, la irrupción de un mínimo de originalidad en toda creación, contra el pretendido fervor de arruinarlo y desmantelarlo secretamente, asegura, por el contrario, una continuidad que lo atraviesa y envuelve y le permite perdurar. El chiste es discurso, el amor también. Se mantienen legitimados porque nunca nadie ha dicho ‘esto de aquí lo inventé yo’. Nos apropiamos lo que alguien inventó creyendo que su existencia se aseguraba a priori [...] Sí, me gustaría que en última instancia sucediera eso con mi obra”.

Finalmente, la parte preliminar de la exposición se completa con el mediometraje *Paisaje: la balada de Orfeo* que el Autor realizó, probablemente, durante su estancia en Bacalar, y el cual consiste en una peculiar revisión del mito griego a partir de la recuperación y montaje de filmaciones sobre la desesperanza.

Como se ha mencionado, la abolición de la muerte a través de la memoria es el punto de partida para los planos que durante los últimos años ha realizado el Autor. Habrá que aclarar, de la manera más sencilla posible, que la concepción de este proyecto halla su finalidad no en el margen del recinto para la representación, sino en la inviabilidad de ponerlo en pie. El Autor, hay que decirlo, está convencido de su eventual edificación. Esta ciudad imaginaria mantendría vivo el recuerdo de Susana a partir de los trasladados que en ella se hicieran, siendo éstos el último resquicio del amor. La yuxtaposición de sitios en esta ciudad responde a la peculiar lógica de la memoria: el primer encuentro en las escaleras de un edificio de la Colonia Roma, la última discusión en un bar de San Telmo, la charla sobre la paternidad mientras caminaban por el Parque Forestal, etc.

Presentamos los planos -y las maquetaciones que a partir de ellos se han hecho ex profeso para esta exposición- para dar cuenta del trabajo y de la desmedida ambición de esta empresa solo equiparable a la magnitud que una pérdida puede significar. El duelo, parece decírnos el Autor, se palia sólo con la dedicación a una empresa tan imposible como el olvido. Su vida, en última instancia, es también parte de su obra. El esqueleto de la misma es la pérdida; esa es la tesis, y a partir de

ello se constituye este catálogo en que la biografía y la documentación más que un marco son la trama involuntaria que justifica y otorga sentido a la obra irrealizable presentada a modo de bosquejo y metáfora de algo que de tan cotidiano solemos perder de vista. La obra inasible constituye la voluntad por vencer a la muerte y a la pérdida desde el ámbito de la creación, como conjurando una triste canción para que nos permitan bajar, al menos una vez, hasta el mar del olvido y traer vivo el recuerdo de la amada.

DESDE LA POSADA DEL CAFETO

Algunas veces me comporto como aquel amigo del que Natalia Ginzburg escribió en *Las pequeñas virtudes*: si estoy lejos de casa no contesto cartas, y de hacerlo es con pocas frases, porque soy incapaz de querer a los amigos cuando están lejos, no quiero sufrir por su ausencia, y enseguida los elimino de mi pensamiento.

Por meses me ausenté de la vida de los otros, sospechando que al regreso hallaría una ciudad habitada por extraños.

Las cartas que escribí fueron pocas pero significativas. Y es que ellas, como los viajes, suspenden el tiempo, pero, curiosamente, en su perdurabilidad lo relativizan. El miedo con que le confiaba mis dudas a mi hermana los primeros días que pasé en Barna me parecen ahora poca cosa. Y qué decir de las ridículas cartas de amor que aunque conserven cierto fulgor, escritas como abierto en canal, a la distancia no son más que un rescoldo.

Las que escribí las pensaba durante todo el día, camino a casa, tomando apuntes en mi teléfono que después vertía en textos que procuraban ser un poco más largos que un breve mensaje de texto en que uno cuenta que vio esto, que fue a tal sitio, que hace unos días pensó en esto otro.

*

Como quien habla solo por la calle, tomando notas al vuelo, existe una forma más radical para la correspondencia: escribírselas a uno mismo. Jorge Carrión cuenta que su método de escritura consiste en tomar apuntes en cualquier momento y mandárselos a él mismo por correo electrónico.

— Así mato dos pájaros de un tiro —dice—: escribo y tengo correos al llegar a casa.

—Y si son tuyos, estupendo! —le responde Vila-Matas.

*

Es de tarde, los que fuman a las puertas del IDEC seguramente están frotándose cada tanto las manos a causa del frío. En el aula 401, Carrión cuenta que conoció a una señora en Mataró que cada tarde se preparaba para ir al teatro, se vestía, se peinaba y después volvía a su cuarto. Lo refiere en mitad de una conversación con el autor de *Historia abreviada de la literatura portátil*.

—Me gustan esas historias —confiesa Vila-Matas—, como los viajes: me entusiasman más los preparativos que el viaje mismo.

Lo cuenta el mismo que adjudicó a Pessoa una frase que ya no halla en ningún libro de los que tiene en casa y que para algunos, ante la duda de hacer maletas y largarnos, hemos tenido por piedra angular:

“Viajar, perder países”.

*

De la incertidumbre del viaje, de esa condición suspendida de la vida, hablé con un amigo la última tarde que lo vi mientras caminábamos por Paseo de la Reforma.

Con él todavía me escribo cartas.

Aquella vez nos habíamos encontrado en el Museo Tamayo que por esos días era un hervidero de gente a causa de la exposición de Yayoi Kusama. En el museo había otra exposición más discreta pero infinitamente más interesante: *Prenez soin de vous de Sophie Calle*, la misma exposición a la que meses después acudiría un par de veces en el Centre de la Imatge La Virreina. Consistía en la exposición de los documentos que la artista francesa encargó a 107 profesionales luego de recibir una desconcertante carta en la que su amante le decía que lo suyo había terminado. La carta le resultó tan desconcertante, cuenta Calle, que no supo cómo interpretarla, así que le pidió a otras personas que lo hicieran. De la carta, la cantante canadiense Feist improvisa una lectura acompañada de un loop, un corrector de estilo identifica la intertextualidad que en ella se halla, una caricaturista retrata en blanco y negro una viñeta. Ciento siete maneras de interpretar un texto, de desentrañarlo, de borrarle el peso incomprensible de las despedidas.

*

Esa tarde, antes de salir rumbo a Balmes, revisé un correo de mi amigo en mi bandeja. Era una carta fragmentaria: una idea por línea. No te espantes de mi tono apocalíptico, me previno. Acababa de recibir un premio y ahora no sabía qué hacer, siempre estaba esperando algo más. Siempre ha escrito así: a fragmentos y desesperanzado. Entiendo que lo suyo sean los ensayos bonsái. Como también entiendo que un día me prestara el ejemplar que su hermano tenía de *Bartleby y compañía* cuando recién comenzábamos a ser amigos; su escritura, como la de EVM, está poblada por una proliferación referencial: todo lo dice con citas.

*

En “El largo adiós de Sophie Calle”, un artículo publicado en El País, Vila-Matas escribía que cada día nos despedimos de alguien a quien no veremos más, y contaba que algunas tardes se despide de todos y retarda su regreso hablando con desconocidos. “Son simples precauciones –escribe-, vacunas para evitar que el vacío de cualquier desaparición, por ínfimo que sea, termine por agrandarse en cualquier momento, en la noche menos pensada”.

*

Ahí, en el IDEC, pude preguntarle a Vila-Matas por el momento en que comenzó a trazar, además de una escritura referencial poblada por la literatura, esa segunda línea que cruza su obra: la de las renuncias creativas. Le dio gracia que dijéramos que los gestos de los escritores del no fueran casi “guardiolescos”. Contó entonces que ese trazo quizá podía rastrearse a las noches en que, sin haber escrito realmente nada, se despedía de los bares diciendo que se marchaba porque “esa noche dejaría de escribir”.

*

Supongo que hubo un tiempo más alegre en que la gente se escribía cartas a menudo. Vila-Matas lo ha hecho por años con Jean-

Yves Jounnais. “Nunca nos hemos dado la mano –dice- pero somos amigos”. El día en que contó lo del autor de *Artistas sin obra* fue él mismo el que me firmó “Bartleby y compañía”. La dedicatoria venía firmada desde ‘La posada del Cafeto’; el sitio en que conocí a mi amigo, y en el cual un par de años más tarde en el recoleto cuarto del hotel leí *Lejos de Veracruz* mientras afuera, en la tarde xalapeña, llovía. “El chipichipi, tierno y casi ridículo nombre local para la lluvia tan soberbia y tan tensada” leí esa tarde.

—¿Todavía está el letrero en la puerta en que se dice que ahí ocurre la novela?— me preguntó.

No lo sé, respondí, lo mío fue una casualidad, como quien halla de pronto una cita que le descubre el mundo.

PUERTAS DE EMBARQUE

Odio los aeropuertos. El de El Prat conjuga en apenas dos plantas un universo de emociones opuestas. Por encima las despedidas, por debajo los abrazos de quienes arriban. La tristeza de los que se van contra la alegría de los que llegan, mediadas apenas por dos rampas; siendo los abrazos y llantos su lenguaje común.

Arquitectónicamente los aeropuertos me maravillan en su semejanza: espacios de falsa limpidez. Pero simbólicamente me parecen intolerables: espacios para gestos magnánimos, para palabras precisas, para la entrega de objetos-gesto. Cuando estoy ahí suelo hablar con quien me acompaña sobre ello, sobre su insopportable blancura y sobre las emociones que contienen. Hablo como queriendo espantar a la realidad, buscando aligerar la pesadez de saber que huyo de las despedidas.

En el piso inferior, un barandal divide a los que llegan de quienes esperan mirando a través de las puertas que se abren cada tanto. Detrás de uno quedan las tiendas de souvenirs -playeras del barça, llaveros con la forma de la salamandra del Parc Güell, revistas con la Sagrada Familia en la portada-, las cafeterías y a los que llevan un cartelito en la mano. (¿De qué hablará esa gente que espera sentada en la cafetería?) Cada tanto, uno alcanza a entrever las barras de entrega de equipaje a través de las puertas eléctricas, cada tanto también uno ve cómo de pronto alguien sale entre la ristra de expectantes para ir corriendo a abrazar a quien llega.

Arriba, por el contrario, la franja que divide a los que se van de los que se quedan es casi imaginaria: una línea amarilla en el suelo. Desde ahí se dan los últimos abrazos. He visto a niños en brazos de sus madres despedirse diciendo “adiós, tío” de los hombres que apenas cruzar las cintas empiezan a llorar. Despídete de tu tío, dicen las madres, dile que tenga buen viaje.

Yo suelo quedarme parado hasta ver desaparecer a mis seres queridos. Y ellos, volteando hacia atrás, dejan de verme, no me encuentran entre las filas y filtros. Es entonces cuando me dan ganas de llorar. Vueltas imposibles. Aeropuertos como descenso al inframundo. No voltear a condición de seguir vivo.

Una mañana desperté con un mensaje sombrío en mi móvil: una gran amiga, compañera de batallas como ninguna otra, se volvía para su país. Su padre estaba muy grave y en cuanto se enteró –la noche anterior- compró un boleto a Colombia para el día siguiente. Durante el camino a su casa, a donde iría para ayudarla a empacar y acompañarla, pensé en lo horribles que eran las despedidas que se producían así de golpe. Iba pensando en cómo, con el tiempo, recordaría la última vez que la vi. Soy tan estúpido que en vez de participar en los acontecimientos capitales de mi vida pienso en cómo voy a recordarlos. Incluso más: al recordarlos los recreo, los invento, porque sólo así funciona la memoria que me duele.

Si aquella hubiera sido la última vez que la veía, habría guardado algunas tardes como recuerdos. Aquellas en que, al salir de la Biblioteca, caminábamos de vuelta a casa. En el camino había una cancha de fútbol a desnivel cercana a la Estación del Norte; era tan amable que me acompañaba los minutos en que yo me recargaba en la barandilla que estaba a nivel de la acera para ver a los niños jugar. Desde ahí le mostré cómo se diseñaba o leía un partido. Ahí también figuré mi futuro, confiándole la certeza de que me gustaría ser padre algún día para poder llevar a mis hijos a entrenamientos como esos, y esperarlos para mentirles diciéndoles que estuvo bien jugado. Antes de despedirnos parábamos en algún bar a tomar una San Miguel. La costumbre nos acompañó tanto tiempo que, aún en las noches que estaban por extinguirse, cuando caminábamos hacia nuestras casas después de fiestas que habían durado demasiado, parábamos por una cerveza antes de despedirnos. La última, de la que más nos arrepentíamos con la resaca. Debemos dejar de hacer esto, me decía; pero siempre había una última cerveza en un último bar. Ya ni eso.

Apenas unas semanas atrás, en ese mismo aeropuerto, tuve que

despedirme de mi madre y mi novia cuando, tras pasar un par de semanas en Europa, volvían a México.

Junto al marido de mi madre recorrimos Francia y España. Viajábamos en trenes nocturnos. Yo leía a la luz de la diminuta lámpara del vagón aquel libro de Marina Keegan: *Lo contrario de la soledad*. La escritora que nunca más tomó un avión, quien falleció en un choque camino a la casa familiar en Cape Cod para celebrar el cumpleaños de su padre.

En aquel viaje fui feliz.

En apenas unos meses, ese aeropuerto empalmó, sumando una sobre otra, todas las despedidas que me alegraban o desbarataban el mundo. Todo dependía del sitio en que me acomodara: la franja amarilla de las partidas o el barandal de los arribos. De ello dependía cómo sería la vuelta a casa, si cruzaría el interminable túnel de Passeig de Gràcia –el símil catalán del insufrible túnel de la ciencia en La Raza– cargando maletas que no eran mías, o lo haría solo, pensando en lo inútil de las despedidas.

Ahí, en el aeropuerto, Aleja me decía que había pensado en volver a casa muchas veces; pero no así. Es entendible. Al final alcancé a decirle que hacía lo que debía, que volvía a casa de sus padres, pero que la suya ya estaba de este lado.

BLASCO DE GARAY, 10

Salvador, un ebanista que conocí en Madrid, dice que en la vida puede contar a todos sus amigos con una sola mano. Lo dice apoyado en la barra de La Santa Vaca en Chamberí. Un amigo, dice, es el que cuando te sientes mal te da una moneda para llamar a casa.

—Conocidos tengo muchos, para ir de fiesta sólo hace falta marcarles. Pero amigos pocos. Dos. Alguien con quien llorar...

Entre ellos Gustavo, el dueño del restaurante, quien me ofreció su carnet de socio para ver jugar al Atleti esa tarde.

Al final, Salvador pide la cuenta de todas las “últimas copas” que bebió en la tarde que estuvimos allí. Un hombre que va a sentarse a la barra del restaurante de su amigo.

LA VIDA A MEDIO HACER

Christian Boltanski escribe: “la memoria es posible siempre y cuando sea dicha”. Lo anoto en mi libreta negra. Pienso en la muerte y su reverso: el olvido.

*

La madre de un amigo falleció hace unos días. El primer locutorio que usé en mi vida fue para llamarlo. Él es la única persona con quien todavía me escribo cartas. Me enteré por otro amigo a quien le pidió que por favor me avisara, diciéndole que no tenía ganas de escribirme. Pudo habérmelo dicho a través de un mensaje breve, pero ni en ello renunció a nuestro acuerdo de comunicarnos sólo a través de correos. Yo rompí el acuerdo. Llamé hasta un móvil de México desde una cabinita en la que había una luz blanca que se apagaba y encendía intermitentemente; desde ahí quise convencernos de que el mundo no era tan malo, que esas putadas pasan, que lo único seguro es que al final alguien va a apagar la luz por nosotros.

*

Durante los primeros días que pasé en Barcelona le mentí a mi familia cada que hablaba con ellos: les contaba que todo iba bien, que las noches eran cortas y que no había pesar sino espera (me acordaba de ese viejo anuncio del Atleti en que el narrador escribe una carta a su familia diciéndoles que le va tan bien que cada semana cambia de trabajo, mientras lo vemos haciendo de todo: empujando reses en una carnicería, barriendo un bar, formado afuera de un despacho; para al final decirles que los domingos va al estadio, que se hizo socio del mejor equipo de por acá, que lo ganan todo). Mi hermana era la única que sabía que, aunque entusiasmado, lo pasaba mal por la distancia. Un par de semanas después, al volver de un concierto hablé deprisa con La

Flaca. Vestida de negro me avisó que la cuñada de mi hermana había fallecido. Colgué, y en esa madrugada, mirando a través de la ventana que daba hacia la Plaça de Lesseps, me puse a llorar en silencio. Quería escribirle a mi hermana para contarle lo pequeño que me sentía de no poder estar con ella. Pensé entonces que los duelos a la distancia suspenden el tiempo, dimensionándonos nuestro mapa de afectos.

*

La madre de mi amigo falleció de cáncer. La cuñada de mi hermana también. Mi padre tampoco pudo vencer a ese puto inquilino. El misterio de la enfermedad de nuestra época es proporcional a su crueldad al momento de hacer efectivo y doloroso el paso del tiempo.

*

Supe que estaba por mudarme el día en que fui a despedirme de mi abuelo. Fue un día antes de volar, desayuné con él, le conté lo que vendría, pero no pude despedirme como hubiera querido. Cuando lo abracé pensé que probablemente sería la última ocasión en que podría hacerlo. Hasta la fecha miro aterrado cada que suena mi teléfono, no vaya a ser que la vida me alcance.

*

“No creo que sea casualidad –escribe Álvaro Enrigue- que, en México, para referirnos a la muerte de alguien digamos que ‘colgó los tenis’, que ‘salió con los tenis por delante’”. Ignoro qué relación guarda una frase así, mortuoria, con esa postal urbana a la que nos adecuamos: el cableado de las ciudades desde el que cuelgan zapatos amarrados entre sí por los cordones. Siluetas negras que empañan los atardeceres. En México, además, convivimos con la muerte, nos habituamos a ella desde niños. Nuestra obra literaria más importante de los últimos cien años es la del murmullo polifónico de los muertos, para los que el deambular por el mundo que les han arrebatado es como andar por un cruce de caminos en tierra de nadie, en mitad del páramo. La única forma de narrar la muerte es a fragmentos.

*

En *Iluminaciones [O]* Hugo Alfredo Hinojosa sitúa a un par de hermanos en el helado intento por huir de un campo de exterminio. La narradora dice con la sintaxis alterada de la obra que “no a la gente no la cocinan la vuelven olvido”, para terminar diciendo: “espero que Tadeusz no me haya olvidado si no quién va a recoger mis cenizas de entre la nieve”.

El olvido es la última y más radical forma de la muerte. Su reverso perfecto: el silencio.

*

Hace días que reproduzco en mi iPod “*Someone Great*” de LCD Soundsystem.

*

Ese lugar común, según el cual las veces en que más salvajemente se aúlla con alguien es al reconocer -en los otros- que la vida se acaba. La muerte chiquita. Vencer el miedo a la muerte muriendo de a poco. Animales ateridos sobre una cama. Eso somos, animales temerosos de pensar que afuera anidan las sombras.

*

La única vez en que estuve rodeado por un número considerable de mexicanos en Barcelona fue el día en que caminamos juntos de Canaletas a la Catedral. No sé cuántos seríamos, pero nunca me he sentido tan acompañado como aquella vez al escuchar el murmullo de un acento reconocible. Durante el trayecto cada tanto contábamos: uno, dos, tres, cuatro... y así hasta el cuarenta y tres. Pienso que esa noche caminamos juntos para decirles al otro lado del mundo –aunque fuera de manera simbólica- que no estaban solos; pero, sobre todo, para reconocer entre nosotros que tampoco lo estábamos, que había otros con quienes acompañarnos en el dolor y la rabia.

*

En Caixa Forum vi al final de este invierno que parecía no acabar nunca la exposición Tres narrativas, en la que se incluía la pieza *Archives de l'année 1987 du Journal 'El Caso'* de Christian Boltanski, una instalación compuesta por una serie de fotografías provenientes de aquel diario expuestas en una sala en la que, a media luz, se intercalaban rostros, cuerpos y espacios abandonados. Los cientos de fotografías que la componen remiten a una realidad macabra poblada por los secuestros, los asesinatos o las desapariciones. En el folleto de la exposición se lee: “su presencia masiva reivindica el recuerdo de cada una de ellas, aunque, paradójicamente, las inscribe en un desolador anonimato”. La muerte se hace medianamente visible, se muestra bajo una luz lugubre. Pensé entonces en ese verso de Montale que mi amigo cita: “puedes creer en la oscuridad cuando la luz miente”.

De todas las fotografías que ahí había me impresionaron aquellas compuestas por espacios vacíos: casas, lugares de trabajo, talleres que sin decirlo estaban ligados a los sucesos lamentables que los hacían protagonistas. En *Untitled (Resin Corridor)* de Rachel Whiteread, otra de las piezas expuestas, bloques de resina evidencian el vacío situado bajo los tablones del suelo; de acuerdo a la exposición, con ellos se busca hacer visible “el recuerdo de quienes lo han transitado en el pasado”. ¿Qué vidas, qué muertes, esconden los espacios que habitamos? ¿Quién se ha sentado, por ejemplo, en esa mesa en que diario desayunamos o escribimos? Pienso que, en última instancia, la muerte es el recurso más efectivo para dejar espacios que habitar, para no cruzarnos en el pasillo hacia el baño con los cuerpos perdidos que deambulan por un sitio que ya no es el suyo, por mucho que el ruido de la noche quiera convencernos de lo contrario, que todavía hay pasos que resuenan en el sueño eterno e impenetrable.

*

Como escribe Alan Pauls: el pasado es un bloque, no se puede dividir. Eso, el pasado es un bloque, es una ausencia, es -como parece decir Doris Salcedo- un mueble en que la ausencia se materializa en el

concreto que imposibilita su uso, que evidencia la pérdida, esa “aurea de dolor impresa en las superficies”. O bien, una jaula abierta y vacía, como la de Susana Solano en *Senza Uccelli*, el marco idóneo para nuestros miedos.

*

Más de uno de nosotros comentó la ironía que era salir afectado de la exposición y encontrarse en el lobby o en los pasillos con una ristra de niños acudiendo a la alegre exposición de Pixar. No sé si haya vida después de la muerte; pero tengo seguro que la hay durante ésta. Aunque se muera la persona a quien más creemos querer –nuestra madre o padre o hermana- y creamos que con ello se detiene el mundo, la realidad es que afuera la vida sigue andando, y que entre los muros, si prestamos atención, podremos seguir escuchando las voces de los niños para los que la muerte es tan sólo un quiebre que, acaso, no existe.

*

Ahuyentamos a la muerte a base de nombrarla. Como cuando alguien querido se va: cada tanto lo referimos para pensar que sigue alrededor nuestro. Como cuando su partida nos deja –en mitad de una charla, o en un teléfono a la madrugada, o acaso escribiendo cartas que no llegan a nada- en mitad de un largo adiós.

*

Durante años no pude escuchar la alegre canción con que abría el noticario de mi padre, frente al cual estuvo 26 años hasta que se retiró en el programa de aniversario antes de ir a encerrarse al hospital en que semanas después fallecería. La canción, ahora, me hace sentir extrañamente vivo: hoy puede ser un gran día, donde todo está por descubrir si lo empleas como el último que te toca vivir.

*

“En la vida los olvidos no suelen durar” escribió Gil de Biedma.

*

A mi amigo sólo pude decirle esa tarde desde el locutorio en el Carrer de Ramón y Cajal que así iba a ser: que cada día, sin esperarlo, cualquier cosa haría que el recuerdo asaltara la realidad. Una canción, una imagen, un olor. Como “La joven de Aughrim”, la canción que trae el recuerdo de Michael Fury en *Los muertos* de James Joyce. Fabián Casas escribe sobre el cuento, y sobre el filme *Birth* de Jonathan Glazer que “parece que es en las bajas temperaturas del inconsciente donde se conservan mejor los recuerdos capitales”.

Al final de la llamada bromeamos, dijimos que era cosa de sobrevivir de a poco para vencer esas tardes como desiertos. Que había que vencer al duelo “partido a partido”, como decía su admirado “Cholo” Simeone. Recuerdo su apagada risa a través del teléfono. Espero haberlo hecho sonreír a la distancia aunque fuera un instante.

DON, ES HORA DE VOLVER A CASA

Hay un capítulo en *Mad Men* -la teleserie de Mathew Weiner- en que su protagonista, Don Draper, vuelve al hotel donde dejó a su amante desnuda por la mañana, y la encuentra vestida y lista para irse. Soñé que tu avión se estrellaba, le dice, y que yo en tu funeral le daba el pésame a Megan acompañada de mi esposo. No pienso pasar por eso, continúa diciéndole, antes de pronunciar aquella frase que me quedó grabada. La frase que funciona como punto de inflexión, el momento del augurio de lo que vendrá. “Es hora de volver a casa”, le dice antes de abrir la puerta de la habitación. Así, sencilla, brutal; las palabras exactas para que el mundo del publicista se desmorone. La misma frase que McNulty le dice a Larry en la última escena de *The Wire*. En ese mismo capítulo, según recuerdo, la madre de su socio Roger Sterling fallece; y no llora ni en el momento en que escucha la noticia ni en el funeral donde Draper aparece borracho. Sólo lo hace hasta que, días después, le pide a su secretaria que mande llamar al hombre que lustra sus zapatos, y ésta le responde que ha fallecido; sólo entonces, Sterling se encierra en su oficina y comienza a llorar desconsoladamente. El imaginario de Weiner, tan cercano a Cheever y a esa generación de escritores que soñaban con escribir la “gran novela americana”, sitúa a dos hombres llorando, dos hombres tan cerca del cielo, en la avenida Madison. La imagen, ya de por sí penosa, la dosifica. Es la primera vez que los vemos llorar, porque intuyen que al pasado no se puede regresar. Ni a lustrarse los zapatos ni a atar a alguien a la cama. Los sitios, aunque permanezcan, se nos arrebatan.

Es hora de volver a casa.

BOXEO, HOOPER Y EL NEGRO

En unas semanas volaré de vuelta a México. Ya empiezo a pensar en el día en que tenga que quitar todos los recortes que ocupan las paredes de este piso en Joanic; la mayoría de ellos los que se han ido colocando detrás de mi pequeño escritorio, a un costado de la ventana que da a Carrer de L'Escorial.

Sobre mi escritorio hay apenas una botella de mezcal “El Recuerdo” a medio vaciar, otra de “San Cosme” completamente vacía, una lámpara y un peluche de Snoopy frente a una máquina de escribir con una hoja en que se lee: “La noche fue oscura y tormentosa...”. Hay también un retrato de La Flaca en Versalles y la cámara análoga que me regaló Andrés por mi cumpleaños, la cámara con la que he pensado fotografiar los últimos días en este lado.

Al centro hay un espejo, y alrededor suyo los recortes que he ido acumulando y con los cuales dimensiono mi mundo. Los más cercanos a él son las fotografías que traje conmigo: en una está la familia de mi hermana, el sonriente rostro de Abdiel; en otra la Flaca rodeada por una línea de luces; una más es la que me obsequiaron mis padrinos pocos días antes de partir, en ella se ven a mis padres a las puertas de un teatro en Broadway, van vestidos de negro, detrás de ellos un cartel anuncia Cats. La foto es de hace mucho tiempo, era yo un niño y ellos todavía estaban juntos. Tengo también pegadas en mi pared las postales que mi hermana me envió: un colibrí, el acueducto iluminado, el patio virreinal del Museo de Arte. Entre ellas fui pegando recortes de periódicos, como aquel del titular en que se lee: “En Iguala los políticos se saltan la tranca”. Es una declaración de Raymundo Beltrán, un boxeador que al pelear contra el campeón mundial de peso ligero, Terence Crawford, subió al ring llevando en la cintura del pantaloncillo rojo la cifra 43 en medio de unos moños negros. “Raymundo Beltrán perdió muchas batallas en una

sola noche”, dice la nota; y sí, al terminar los 12 asaltos perdió el título y la ocasión de dedicarlo a los estudiantes desaparecidos.

Debajo de ese recorte, colocado en la esquina superior izquierda de mi pared, está la reproducción de la carta que Sophie Calle recibió de un tal “X”. En ella se lee esa frase hermosa, desconcertante y trivial: “*J'aurais aimé que les choses tournent autrement*”. La tomé de la exposición *Modus Vivendi* que estuvo en el Centre de la Imatge La Virreina. Al otro lado del espejo está la postal de una pareja abrazándose –no sé si reencontrándose o despidiéndose, en cualquier caso una imagen penosa- que tomé de Shakespeare and Company. Encima del espejo está un volante de la película *Mommy* de Xavier Dolan; todavía recuerdo esa noche de viernes en que fui solo y algo desanimado a verla al Cine Verdi. Arriba del volante pégue otro, acaso informativo, en que se daba a conocer cómo debía votarse el día de la consulta sobre el futuro político de Catalunya. *Vol que Catalunya esdevingui un Estat?* El volante que recibí a la salida del metro Diagonal sugiere que la respuesta sea sí. A una escala de tamaño postal tengo una reproducción de *Nighthawks*, el cuadro que en 1942 pintara Edward Hooper. La postal que compré en el Centro Pompidou le hace compañía a otra en que, con letras blancas sobre fondo amarillo, se lee: “Toulouse 1-Lautrec O”. Humor francés, supongo. El recorte más alto es la página 32 de la edición del martes 24 de febrero del periódico El País. El titular dice “La edad de oro mexicana”. En la fotografía que ilustra a la nota se ve a Iñárritu celebrando el triunfo de *Birdman* junto a la guapísima Emma Stone. Conservo el periódico como el recuerdo de uno de los días más felices que viví en Barna.

Entre todos ellos, la Flaca dejó un rastro de su paso por Europa: colocó un boleto de Park Güell, otro del Museo del Prado, un par de tiquetes del metro, uno de París y otro de Madrid. Dejó también su boleto de avión y una flor seca que recogió de El Retiro.

El último detalle, mi favorito, es una corcholata de cerveza que traje en mi maleta en la que se lee “Ver a México campeón ¡de lo que sea!”. Eso.

ÚLTIMAS TARDES

Deambulé todo el día como perdido por el Eixample, el Raval y el Born, comprando los libros que hicieran falta. Tomé un café en La Central de Mallorca. Comí en el Dionisos de la Plaça Geogre Orwell. Fotografié la placa en Tallers 45 donde dice que en aquella casa vivió el “escritor y poeta” Roberto Bolaño. Por la noche tomé un bus que subía hasta los Búnkers del Carmel.

—Puta, te vas —me dijo Miguel teniendo a la ciudad a nuestra espalda.

Tomé unas cuantas fotos hacia el horizonte por entonces ya oscurecido.

En el camino de regreso vi a Andrés acercarse. Nos despedimos torpemente; el último bus esperaba y entre nosotros debió haberse escuchado un murmullo que decía que los hombres también lloran.

Al día siguiente, desde El Prat todavía tuiteé “Ayer me despedí de esta ciudad mirándola desde los búnkers del Carmel. Ahora abordo llevándomela a cuestas”. Batallaba por guardar el celular y entregar mi boleto, pero todavía alcancé a leer la respuesta de Carrión: ‘No hay mejor sitio. Lee cuando puedas “Últimas tardes con Teresa”. Y buen viaje’. Entonces pensé en aquel verso que me viene siempre a la mente como un eco cuando me toca despedirme de un sitio.

Y es que, en efecto, todos mis esfuerzos son fracasos.

EPÍLOGO: LAS MUCHAS FORMAS DE VOLVER A CASA

Los ojos llorosos de quienes están a punto de abordar.

“La tristeza indefinida de los adioses”, como dice Houellebecq.

Las cuentas del olvido.

Promesas como bálsamo contra la incertidumbre: nos encontramos dentro de un año, ya veremos qué hacer cuando suceda, te miro en sueños.

Las palabras que no alcanzan a dimensionar el mundo.

Nuestra irremediable fe en acomodarlo con ellas.

La primera vez que vi a la ciudad desde las alturas.

Su trazo, el Camp Nou, la vuelta que da el avión sobre la playa.

Desempacar primero la cafetera italiana.

Bajar del avión y extraviarme apenas llegar.

Después, durante todo el año, volver a ese aeropuerto para reconocer que en él, en apenas dos plantas, conviven universos opuestos de emociones.

Arriba las despedidas y abajo los reencuentros.

Aquella familia que vi en el autobús rumbo a la T2 sin poder distinguir si eran los padres o acaso el hijo el que llegaba.

La forma incómoda con que nos abrazamos los hombres.

Reconocer que Barcelona es una ciudad de paso y que las despedidas en ella serían moneda corriente.

El piso en Lesseps que me cobijó durante los primeros días, los más extraños y en los que más necesitaba contar con alguien.

La fortuna de haber contado con Andrés.

La suerte de conocer nuevas personas.

El modo en que dos mexicanos, amigos desde la infancia, construyen un hogar sobre otro terreno.

Las madrugadas que pasé despierto en el sofá del salón.

La pizza que cené el domingo en que me mudé.

La noche que pasamos en la playa hablando de flaquezas. El momento en que descubrimos que los domingos no teníamos a nadie más que a nosotros mismos.

El vértigo al que se asemeja la soledad algunas veces.

La tarde en que no hallándome me refugí en el Cinemes Texas para ver “10.000 kms” y anotar en la plateada oscuridad del cine dos frases:

“Que somos fuertes, eh” y “tú no quieres estar conmigo, quieres que yo esté contigo”.

Dos frases entre las que median noventa días y la distancia del título.

“Boots of spanish letter” de Dylan, “I think of you” de Rodríguez y las madrugadas que lloré escuchándolas.

Las tardes de café y charla con el admiradísimo Marcos Ordóñez.

Nick Lowe, Van Morrison, Bob Dylan.

Todas las cosas que anoté en la *Moleskine* negra.

La esquina del Poblenou donde me encontré con Manu Chao, y el concierto en El Prat al que fui llevando mi playera de los Gallos Blancos.

También la tarde en que vi entrar a Serrat en el IDEC, para encontrarme después con un texto de Villoro en que contaba cómo la madre de su mujer preguntaba cada tanto si ya se habían encontrado con el autor de *Mediterraneo*.

La noche en que un chico entrevistaba a Villanueva Chang mientras afuera del bar Leonardo Faccio bromeaba con nosotros al tiempo en que desinteresado nos hablaba sobre Messi.

Las cervezas que nos invitó Andrés Neuman la noche en que fuimos a La Abadía para ver un partido del Barça.

El modo en que descubrimos que los invitados siempre prestaban más atención a nuestras compañeras que a nosotros.

Todas las cervezas malas que bebí por ser baratas. Los domingos en que batallaba sobreponiéndome a la resaca para salir a comprar El País y pasar al Farina & Sons por el desayuno.

Las terrazas que fueron territorio negado durante el invierno. El cacerolazo que escuchamos en la terraza del Rincón del Doctor el primer día de verdadero frío.

La consulta que fue menos de lo que esperábamos.

La resaca del día después.

Todas las veces que salimos del Doctor tambaleándonos.

Los *blackouts* en las noches de fiesta.

Los cumpleaños.

Las putas guerras frías gratuitas y sin sentido entre nosotros.

La noche en que Miguel y yo nos emborrachamos en Salambó a cuenta del futuro (el mismo bar en que EVM bromeaba con aquello de “hoy dejo de escribir” cuando, como nosotros, era joven y el mundo le parecía una fiesta).

La forma en que me decía que Barcelona no se acaba nunca.

El modo en que bromeábamos con que la crazy Barcelona de la que nos hablaron no era precisamente estar en el salón de casa fumando y bebiendo un sábado a la madrugada.

Las caminatas de domingo por la Plaça Espanya.

Los desayunos frente a Sagrada Familia.

La luz que entraba por las rendijas de mi ventana.

El precioso mural de Andrés en Lesseps que borramos con pintura blanca mientras nos preguntábamos si acaso había una mejor analogía que la de repintar los muros de una casa que se abandona.

Los dotes de albañilería que desconocíamos tener y que aparecieron hasta que hubo que habitar una casa periférica.

Las madrugadas que se extendían lentamente para ver el box, los premios Oscar, el Super Bowl o los muchos partidos que dimensionaban los husos horarios.

Todas las veces que tarareamos “*I Follow Rivers*”, “*Vitamin C*” o “Súbete a mi troca”.

Mi Bartleby y compañía que Vila-Matas me dedicó “desde La Posada del Cafeto”.

“Mantra” de Fresán y la forma en que descubrí que México no existe o que tan sólo es una ficción que se escribe a la distancia.

El día que leí que la “Canción Mixteca” se escribió en la Alameda Hidalgo de Querétaro,

Esa canción que Ordóñez silbaba al entrar a clase, aquella que

reversiona Harry Dean Stanton para *Paris, Texas*.

El México que reconocía con la brumosa vista del recuerdo.

El locutorio en Ramón y Cajal con esa luz que parpadea a veces.

El entusiasmo con que leí el libro de Marina Keegan en un tren nocturno hacia París.

Mi foto en la Gare d'Austerlitz.

Todas las veces que paramos a comprar pan en Aux Armes de Niel.

Visitar la casa de mi padre en Conde Duque y la del empolvado matrimonio de mis padres en el barrio de Chamberí.

Escuchar a un desconocido decir en un bar que los verdaderos amigos “son esos que te prestan una moneda para llamar a casa cuando estás triste”.

Despertar en un hotel de la Gran Vía tarareando esa canción que repasa las estaciones del metro de Madrid.

Los muchos significados del hogar.

Twin Peaks, Mad Men, The Newsroom, The Wire.

Las series que vi desde mi ordenador.

El “es hora de volver a casa” que escucha Don y con el que el mundo se le viene abajo.

La vez que Vila-Matas nos confirmó lo que Ricard y yo habíamos charlado sobre Peggy, Piglia y la segunda historia.

La novela que he escrito durante muchas mañanas en el Dipòsit de les Aigües.

El rinconcito desde el cual ordeno al mundo.

Wellington, mi calle favorita.

El libro de no ficción que tendría la forma de un muro y sus recortes.

El libro que abandoné.

Narrar ensayando y ensayar narrando, como dice Carrión.

La inexplicable niebla que nos envolvió en Bogatell.

Jugar fútbol con unos niños en la Barceloneta.

Mi cumpleaños en que hubo mole, mezcal y un partido de la Champions.

La fiesta que trasladamos –como era debido- al Blau Cel.

Los libros que me regalaron la Flaca, Ale y Carrión.

Los amigos.

El Sant Jordi en que nos echaron de una fiesta de El Mundo.

La firma de Javier Marías sobre mi ejemplar de *Tu rostro mañana*.

La mañana siguiente en que el mundo se desmoronó por un instante.

La vida inventada de Bolaño con la que bromeábamos perdidos en Blanes.

Micah P. Hinson, Future Islands, Adam Granduciel y compañía.

Los domingos en la playa.

El bar de la esquina.

Todas las noches que pasamos en la Plaza del Sol.

La vista de Barcelona desde los búnkers del Carmel.

El triplete en Plaça Catalunya

(¡El año en que lo ganamos todo!)

La instantánea de mi última noche en Barcelona rodeado de amigos y con latas esparcidas por el piso.

La forma en que empezamos a despedirnos.

El miedo que nos provocaba el futuro del que pretendíamos huir hablando juntos.

Todo lo que iba a ser y terminó no siendo.

También lo que fue mejor que lo esperado.

Lo que ni siquiera imaginábamos.

Lo que nunca será.

Esta despedida mientras pienso en otra cosa, cualquier cosa.

Una ciudad que se confunde detrás de la ventana.

Los abrazos.

Las promesas.

Las muchas formas de volver a casa.

BLAU CEL
de *Imanol Martínez*
se terminó de imprimir en
junio de 2016
en casa Herring.
Edición:
Oliver
H.

